



Ilustración

OSCAR BROCOS

(Artista plástico argentino contemporáneo, nació en Buenos Aires, 1950)



"Una vuelta más"
Hierro, 124 x 63 x 151 cm (2004)



"Déjame volar"
Hierro soldado y forjado, 50 x 69 x 129 cm (2004)

Oscar Brocos es un artista con destacadas muestras individuales y conjuntas. Ha obtenido más de treinta premios y sus obras se hallan afincadas en colecciones públicas y privadas de España, Estados Unidos, Colombia, Venezuela, Portugal y Argentina. Los materiales que emplea son el hierro, la piedra, la madera y el acero; pero su búsqueda es la explicación de la presencia del hombre.

En este trabajo que desarrolla sobre la realidad que lo contiene no se detiene en la forma, avanza sobre el movimiento y el vacío. Se estaciona en ese punto de equilibrio inestable donde la avidez humana se baña de luz. El artista intenta desafectar al hombre de los extremos vivientes donde sólo un dios puede contemplarlos y sonreír. Pero los vuelos de las figuras de Brocos parten de territorios germinados por la angustia en despegues emocionales que las transportan hacia contemplaciones diferentes de la existencia. Comprende que la vida es un ojo avizor apenas abierto un ínfimo instante en la inmensidad del cosmos. Ese momento en que la conciencia capta su drama hasta volver cuestionable la misma realidad.

Desde su cubierta de roca calcárea un hombre en andrajos contempla el suave valle tapizado de coníferas. Ve las figuras animales luchar por la existencia con la misma rabia con que él las derrota o muere. Sorpresivamente un pensamiento abstracto lo domina. Una vida breve lo sitúa en un acto irreal. Apenas esboza sonidos para delatar el impulso de evadirse de la nada. De "ser". Se introduce profundo en su refugio mineral. Lo alienta una congoja. Una emoción que no sabe escribir. Escasamente la expresa con denuncias en rictus que le permiten sus músculos faciales. Un tuétano relleno con algunas hierbas encendidas desde el fuego mayor le sirve para iluminar el lugar. Una madera hecha carbón es el lápiz y el óxido de hierro el cromo. No cabe erguido. Se acuesta sobre el suelo anfractuoso y eleva sus manos hasta el techo. Ellas, entonces, pueden transmitir esa voluptuosidad de expresar y denunciar el paso existencial. Sólo así puede dejar su nombre. El arte puede más que su precaria existencia anónima. Sobre la cúpula de la estrecha caverna va dejando impresos los bisontes, caballos y ciervos. No están estáticos. Comparten el lugar en movimiento buscando evadirse del encierro con sus instintos coléricos. En corridas y contorneos. Otros simplemente pacen. El hombre de Altamira con la espalda ya lacerada les da volumen a través de las protuberancias que emanan de la piedra tornándolas pardas, rojas y amarillas. Sus gargan-

tas quedan bramando mudas en el silencio de los tiempos. Sucedió al principio del hombre cuando intentó evadirse de la nada. Aun cuando no tuviese nombre que lo identificara ante otros hombres. Ese día sin fecha precisa, porque no había números y ahora esos años se cuentan por miles, el hombre quiso entender que su ojo avizor lo alertaba de una existencia real y enigmática.

¿-nada-conciencia-nada-?

El “progreso” demuele. El futuro se acorta y la aceleración del primero nos deja sin devenir. Estamos terminando de construir la crónica e indefectiblemente seremos poshistoria, ya que la vida no es un proceso lineal, creciente en lo benéfico de su desarrollo. A veces sólo nos quedan los resultados que nunca tuvimos oportunidad de modificar. En el transcurso hemos obtenido su magro producto.

Si hablamos de lo esencial, la existencia se desentien de de la repercusión sobre nuestra biografía. Observada desde esta posición, a todas luces no la compensa un solo momento de tristeza o felicidad terrenal. Tampoco nosotros incidimos sobre su curso. No existe respuesta para este suceso vacío de contenido hacia el hombre y el segmento de vida que lo rodea. Aquellos cínicos de Grecia, Antístenes, Diógenes, Hiparca y todos los vagabundos de la historia tuvieron la sabiduría de considerarse un trozo de esta aventura sin condicionamientos. Sólo el sentido de “ser” el instante.

El hombre aislado del progreso a destajo es un hombre comprensible. En consideración opuesta, la omnipotencia del desarrollo material sin un crecimiento ético paralelo crea asimetría hasta llegar a transformarse en un riesgo. Tarde o temprano se convierte en violencia. En la razón de los desposeídos.

La vida humana se ha vuelto progresivamente más epiléptica, hasta constituirse en una creciente movilización de hombres y esfuerzos compitiendo a los dominios del tiempo. Lejos del ocio. El hombre de hoy rivaliza por sus territorios y afectos. En este contexto, el prójimo se transforma en una situación de sospecha para sus propósitos.

A los seres que aman el ocio se los margina, pues ellos atentan contra la irracionalidad de la gente apurada. Más, el mismo hombre se ha encargado hoy de dotarla a esa existencia de un valor material, incentivando el apuro y negando la holganza. El delirio humano no permite que un hombre no pertenezca a nada, asumiendo esa caricatura para huir de su finitud. Paradójicamente lo acerca. Cuando le acontece, no se apodera ella, sino ésta de él. Si el hombre fuera más contemplativo y se detuviese en el devenir podría asumir su condición de mortal con otra dignidad. La de amar al prójimo.

Quizás un desproporcionado *logos* a su condición haya sido el desarrollo inconsciente hacia la perdición. Un camino que lo llevó al destino, después al dolor y finalmente, al aparecer la revolución industrial, al aniquilamiento. Ésa es la purgación del pecado original. El hombre debió haberse percatado de que era mejor opción el árbol de la vida. Su pérdida es la explotación sufrida en

la consideración que la expiación terrenal puede redimirlo.

Luego del progreso tecnológico se precipitó su desconformidad. El hombre se convirtió en un eslabón creado por él, no en una cuenta del collar de la naturaleza. Sumó otra esclavitud. Le agregó a la sujeción del instinto la del sistema del propio hombre. El progreso funciona como un cebo. No lo eleva, lo aprisiona. La mejora declamada es un disfraz que esconde la agresividad intuitiva que lo guía desde su aparición de animal consciente. La que antes de esa trascendencia existía como necesidad y ahora en carácter de finalidad. En el progreso se mimetiza al hombre con la imperiosidad de la supervivencia mientras la individualidad se sumerge en lo anónimo.

La sociedad tiende a un sistema, a clasificaciones, a situaciones abstractas. Esto es un estorbo. Al esquema a ultranza se le entrega libertad y prohibición a cambio de miedo. La revolución industrial se opuso a la artesanía. Y la venció, porque el hombre se sintió más protegido dentro de sus límites. Se sube a un sistema para no sentirse inferior o marginado y entrega el albedrío a cambio de percibirse afortunado.

El hombre debe manejar el fragmento en contra del sistema, el cual le otorga libertad y lo conduce a lo genuino de la autoorganización continua que define al cosmos. Sorpresivamente, éste prefiere morir engañado dentro de su linde. Los esquemas cincelan una estructura absoluta. Ignoran la identidad del dolor y terminan vulnerando la biografía del individuo.

Sucede que al aprehender una idea se la esclaviza en un dogma. Se la defiende e impone con la idea, la experiencia y la dialéctica. La palabra, expresión aún inacabada pero máxima de la evolución humana, exceptuando la música, termina usurpando en su defensa al verdadero sentido que le dio origen. El de la libertad de pensamiento.

La civilización no ha permitido otro sesgo en la evolución de las ideas. Ha protegido su vanidad. Es un desafío retirar la pasión y el afecto de la idea, pero el riesgo de mantenerlas a ultranza se vuelve intolerante a los ojos de los demás, al crear un sistema y propender a la anulación de la voluntad y la ética, bases del auténtico progreso.

En algún momento el impulso se desvanece y es asaltado por la requisitoria del verdadero sentido del progreso. Pero no todos los hombres ni los imperios se agotan al mismo tiempo, por eso la lucha es infinita. El hombre es una ambición continua. El poder dominar parte de la fuerza natural lo ha vuelto voluptuoso. No comprende sus límites y entonces atenta contra su propia seguridad. Se guía por utopías. En ese camino sacrifica todo lo que se oponga, porque esa fantasía se basa en la omnipotencia, en violar el límite del saber: El “Eclesiastés” sería el presagio de lo que acontecería en el devenir. Allí se entronizan sus sensaciones, los dolores y el conflicto de “ser” hombre ante las ilusiones del progreso inadecuado.